

hacen algunas veces las embajadas de manera que las respuestas que se siguen son malas, de lo que nacen palabras, y de las palabras se llega a las obras; por lo que, para que daño y escándalo no se provocasen de ello, me lo he callado, y deliberé decíroslo antes a vos que a otros, tanto porque me parece que su amigo sois como también porque a vos os está bien de tales cosas no ya a los amigos sino a los extraños reprender. Por lo que os ruego en nombre de Dios que le reprendáis y roguéis que no siga con estas costumbres. Hay bastantes mujeres que por ventura estarán dispuestas a estas cosas y les agradará ser miradas y deseadas por él, mientras a mí me es gravísima molestia, como que de ningún modo tengo el ánimo dispuesto a tal materia.

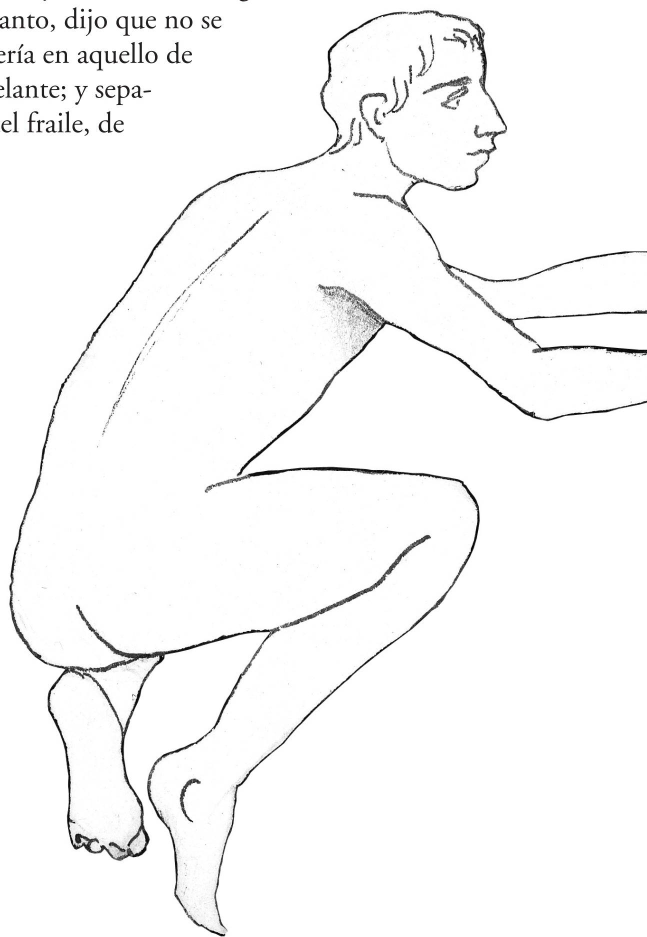
Y dicho esto, como si lagrimear quisiese, bajó la cabeza. El santo fraile comprendió en seguida que hablaba de aquel de quien verdaderamente hablaba, y alabando mucho a la señora por esta su buena disposición firmemente creyendo ser verdad lo que decía, le prometió actuar así y de tal manera que por aquel tal no sería molestada, y sabiendo que era muy rica, le alabó las obras de caridad y las limosnas, contándole sus necesidades. A lo que la señora dijo:

–Os lo ruego por Dios; y si lo negase, decidle con firmeza que soy yo quien os ha dicho esto y a vos me he dolido.

Y luego, hecha la confesión e impuesta la penitencia, acordándose de los encomios hechos por el fraile a las limosnas, llenándole ocultamente la mano de dineros, le rogó que dijese misas por el alma de sus muertos; y levantándose de junto a sus pies, se volvió a casa. A ver al santo fraile no después de mucho tiempo, como acostumbraba vino el hombre de pro; al cual, luego de que de una cosa y de otra hubieran hablado juntos durante algún tiempo, llevándole aparte, con modos muy corteses le reprendió la atención y las miradas que creía que dedicaba a aquella señora, tal como ella le había explicado. El hombre de pro se maravilló, como quien nunca la había mirado y rarísimas veces acostumbraba a pasar por delante de su casa, y empezó a querer excusarse; pero el fraile no le dejó hablar, sino que le dijo:

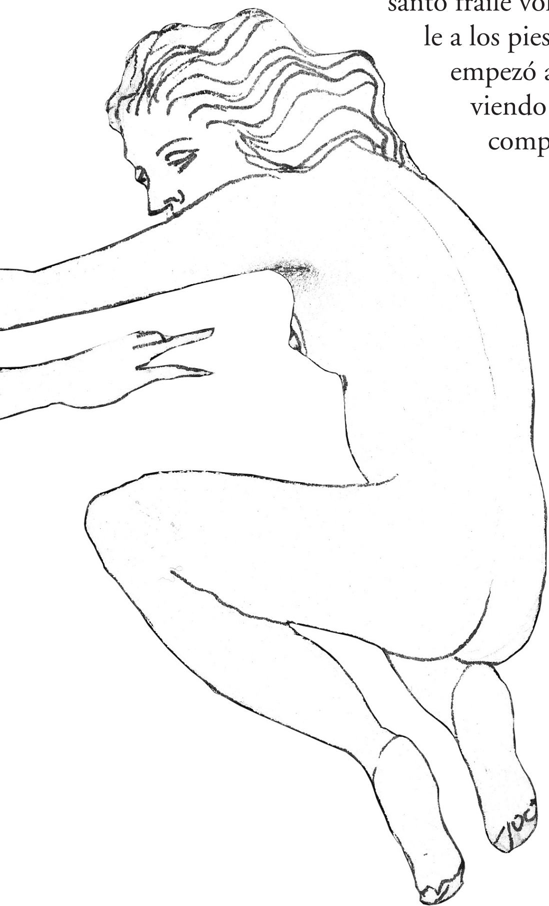
–Ahora, no finjas maravillarte ni gastes palabras en negarlo, porque no puedes; no he sabido estas cosas por los vecinos: ella misma, mucho quejándose de ti, me las ha dicho. Y si a ti estas chanzas ya no te están bien, de ella te digo esto: que, si jamás he encontrado alguna esquiva a estas tonterías, ella es; y por ello, por tu honor y por tu tranquilidad, te ruego que te retraigas y déjala estar en paz.

El hombre de pro, más agudo que el santo fraile, sin demasiada tardanza la argucia de la mujer comprendió, y mostrando avergonzarse un tanto, dijo que no se entrometería en aquello de allí en adelante; y separándose del fraile, de



su casa fue a la de la señora, la cual siempre estaba asomada a una pequeña ventana para poder verlo por si llegaba a pasar. Y viéndolo venir, tan alegre y tan graciosa se le mostró que él enseguida pudo comprender que era cierto aquello que decín las palabras del fraile; y de aquel día en adelante, con especial cautela, con placer suyo y con grandísimo deleite y consuelo de la señora, fingiendo que otro asunto era el motivo de la caminata, continuó pasando por aquel barrio.

Pero la señora después de algún tiempo, ya convencida de que le gustaba tanto como él a ella, deseosa de inflamarlo más y asegurarle del amor que le tenía, buscando el lugar y el momento, al santo fraile volvió, y echándosele a los pies en la iglesia, empezó a llorar. El fraile, viendo esto, le preguntó compasivamente que qué novedad traía. La señora respondió:



–Padre mío, las noticias que traigo no son sino de aquel maldito de Dios amigo vuestro de quien me he quejado a vos hace unos días, porque creo que haya nacido para irritarme grandemente y para hacerme hacer algo por lo que nunca podré ya estar contenta ni me atreveré a ponerme aquí a vuestros pies.

–¡Cómo! –dijo el fraile–, ¿no ha dejado de molestarte?

–Cierto que no –dijo la señora–, pues desde que me quejé a vos de ello, como por despecho, habiendo tomado sin duda a mal que me haya quejado a vos, por una vez que pasaba, creo que después ha pasado siete por allí. Y quisiera Dios que el pasar y el mirarme le hubiera bastado; pero ha sido tan atrevido y tan descarado que hasta ayer me mandó a una mujer a casa con noticias suyas y con sus vanidades, y como si yo no tuviese escarcelas o cintos me mandó una escarcela y un cinto, lo que he tomado y tomo tan a mal que creo que si no hubiera pensado en el escándalo, y también por vuestro amor, habría armado un zipizape; pero al fin me he serenado y no he querido hacer ni decir nada sin hacéroslo saber antes. Y además de esto, habiendo ya devuelto la escarcela y el cinto a la mujercilla que los había traído, para que se los devolviese, y habiéndola despedido de malos modos, temiendo que se fuera a quedar con ellos y le dijera que yo los había aceptado, como entiendo que hacen algunas veces, la volví a llamar y llena de enojo se los quité de la mano y os los he traído a vos, para que se los deis y le digáis que no tengo necesidad de sus cosas, porque, por merced de Dios, y de mi marido, tengo tantas escarcelas y tantos cintos que podría enterrarle con ellos. Y luego de esto, como ante su padre me excuso ante vos de que si no se corrige, lo diré a mi marido y a mis hermanos, y que suceda lo que sea; que más quiero que él reciba injurias si debe recibirlas que ser difamada por su culpa; ¡y hermano, así está ello!

Y dicho esto, siempre llorando fuertemente, se sacó de



debajo de la saya una preciosísima y rica escarcela con un valioso y elegante cintillo y se la echó al fraile en el regazo; el cual, totalmente creyendo lo que la señora le decía, airado desmesuradamente los tomó y dijo:
–Hija, si de estas cosas te enojas no me maravillo ni te reprendo por ello; sino que mucho te alabo que sigas en esto mis consejos. Yo le reprendí el otro día, y él mal ha cumplido lo que me prometió; por lo que, entre aquello y esto que acaba de hacer entiendo tirarle de las orejas de tal manera que no te moleste más; y tú, con la bendición de Dios, no te dejes vencer tanto por la ira que vayas a decírselo a alguno de los tuyos, que podría seguirse de ello mucho mal. Y no pienses que de esto te va a venir ninguna calumnia, que yo seré siempre, ante Dios y ante los hombres, firmísimo testigo de tu honestidad.
La señora fingió consolarse un tanto, y dejando esta conversación, como quien su avaricia y la de los demás conocía, dijo:
–Señor, estas noches se me han aparecido mucho mis padres en sueños y me parece que están en grandísimas penas y lo que piden es limosnas, especialmente mi mamá, que me parece tan afligida e infeliz que es una lástima verla; creo que está pasando grandísimos sufrimientos al verme en esta tribulación a causa de ese enemigo de Dios, y por ello querría que me dijeseis por sus almas las cuarenta misas gregorianas y vuestras oraciones, a fin de que Dios los saque de aquel fuego atormentador.
Y dicho esto, le puso en la mano un florín. El santo fraile lo tomó alegremente, y con buenas palabras y con muchos ejemplos alentó su devoción y dándole su bendición la dejó irse. Y cuando se fue la señora, no dándose cuenta que le había tomado el pelo, mandó a por su amigo; el cual, venido y viéndole airado, se apercibió incontinenti de que había noticias de la mujer, y esperó a ver qué decía el fraile. El cual, repitiéndole las palabras que le había dicho otras veces y hablándole ahora insultantemente y enojado, le reprendió mucho por lo que le había dicho la señora que había hecho. El hombre de pro, que todavía no veía adónde el fraile quería llegar, negaba con bastante blandura que le hubiera mandado la escarcela y el cinto, para que el padre no lo creyese, si por acaso la mujer se la hubiera dado. Pero el padre, muy enfadado, dijo:
–¿Cómo puedes negarlo, mal hombre? Ahí lo tienes, que ella misma llorando me lo ha traído: ¡mira a ver si lo conoces!
El hombre de pro, haciendo como que se avergonzaba mucho, dijo:
–Claro que lo conozco, y os confieso que he hecho mal; y os juro que, pues que en esa disposición la veo, que nunca más oiréis una palabra de esto.

Ahora, las palabras fueron muchas: al final, el borrego del fraile le dio la escarcela y el cintillo a su amigo, y luego de mucho haberle adoctrinado y rogado que no se ocupase más de aquellas cosas, y habiéndoselo él prometido, le dio licencia. El hombre de pro, contentísimo de la certeza que tener le parecía del amor de la mujer y del hermoso presente, cuando se separó del fraile se fue a un lugar de donde cautamente hizo a su señora ver que tenía la una y la otra cosa; de lo que la señora estuvo muy contenta, y más aún porque le parecía que su invención iba de bien en mejor. Y no esperando nada más ya, sino a que su marido se fuese a cualquier parte, para finalizar su obra, sucedió que, por alguna razón, no mucho después de esto tuvo el marido que ir hasta Génova. Y en cuanto se hubo montado a caballo por la mañana y puesto en camino, se fue la señora a donde el santo fraile, y luego de muchas quejumbres, llorando, le dijo:

–Padre mío, ahora sí os digo que no puedo aguantar más; pero porque el otro día os prometí que no haría nada que antes no os dijese, he venido a excusarme con vos; y para que creáis que tengo razón en llorar y quejarme, quiero deciros lo que vuestro amigo, o diablo del infierno, me hizo esta mañana poco antes de maitines. No sé qué mala suerte le hizo saber que mi marido se fue ayer por la mañana a Génova; pero esta mañana, a la hora que os he dicho, entró en un jardín mío y por un árbol subió hasta la ventana de mi cámara, que da sobre el jardín; y ya había abierto la ventana y quería entrar en la cámara cuando yo, despertándome, me levanté de repente y me había dispuesto a gritar, y habría gritado a no ser que él, que todavía dentro no estaba, me pidió merced por Dios y por vos, diciéndome quién era; con lo que, al oírlo, por amor vuestro me callé, y desnuda como nací corrí a cerrarle la ventana en la cara, y él en mala hora creo que se fue, porque no lo sentí más. Ahora, si esto es cosa que pueda aguantarse, decídmelo; en cuanto a mí, no entiendo soportarle más pues por amor de vos ya le he sufrido demasiadas.

El fraile al oír esto se sintió lo más irritado del mundo y no sabía qué decir sino que muchas veces le preguntó si había visto bien que fuese él y no otro. A lo que la señora repuso:

–¡Alabado sea Dios, si no voy a distinguirle a él de cualquiera otro! Digo que vi que fue él, y aunque lo negase él, no se lo creáis.

Dijo entonces el fraile:

–Hija mía, no hay más que hablar, que esto ha sido demasiado atrevimiento y una cosa demasiado mal hecha, e hiciste lo que debías al echarlo de allí como

hiciste. Pero te ruego, puesto que Dios te libró del deshonor, que, así como has seguido mi consejo dos veces seguidas, lo hagas esta vez, es decir, que sin quejarte de ello a ninguno de tus parientes me dejes hacer a mí, y ver si puedo ponerle freno a ese demonio desenfrenado que yo creía que era un santo; y si puedo llegar a apartarle de esta bestialidad, bien; y si no pudiera, desde ahora te doy permiso y mi bendición para que hagas lo que en tu ánimo juzgues por bueno.

–Pues bien –dijo la señora–, por esta vez no quiero enfadaros ni desobedeceros, pero haced de manera que se guarde de molestarme más, y os prometo no volver a venir más por este asunto.

Y sin decir más, como enojada, se fue de donde el fraile. Y apenas había salido de la iglesia la señora, cuando el hombre de pro llegó, y fue llamado por el fraile; y llevándole aparte, le dijo los mayores insultos que nunca se han dicho a un hombre, desleal y perjuro y traidor llamándolo. Éste, que ya otras dos veces había visto lo que querían decir los reproches de este fraile, escuchándole con atención e ingeniándose con respuestas perplejas en hacerle hablar, primeramente le dijo:

–¿A qué viene este enojo, señor mío? ¿He crucificado a Cristo?

A lo que el fraile repuso:

–¡Mirad el desvergonzado, oíd lo que dice! Habla ni más ni menos como si hubieran pasado un año o dos y el tiempo le hubiera hecho olvidar sus ignominias y deshonestidad. ¿En los instantes que han pasado desde los maitines de esta mañana se te han ido de la cabeza las injurias que has hecho al prójimo? ¿Dónde has estado poco antes del amanecer?

Respondió el hombre de pro:

–No sé dónde he estado; muy pronto os llega el recadero.

–Es la verdad –dijo el fraile– que el recadero ha venido: pienso que creíste que porque el marido no estaba la noble señora iba a abrirte sus brazos incontinenti. ¡Ah, qué lindo, qué hombre honrado! ¡Se ha hecho caminante nocturno, abridor de jardines y escalador de árboles! ¿Crees que con tu osadía vas a vencer la santidad de esta mujer que de noche te le subes a las ventanas por los árboles? Nada hay en el mundo que la desagrade tanto como tú; y tú no cejas. En verdad, dejemos que ella te lo ha demostrado muchas veces, pero también con mis correcciones te has enmendado mucho. Pero voy a decirte una cosa: hasta ahora, no por el amor que te tenga, sino a instancias de mis ruegos ha callado lo que le has hecho; pero no va a callarse más: le he dado permiso para que, si la desagradas en algo más, haga lo que le parezca. ¿Y qué harás si se lo dice a sus hermanos?

El hombre de pro, habiendo comprendido suficientemente lo que le convenía, como mejor supo y pudo, con muchas promesas tranquilizó al fraile; y despidiéndose de él, al llegar maitines de la noche siguiente, entrando en el jardín y subiendo por el árbol y hallando la ventana abierta, se metió en la alcoba, y lo más pronto que pudo se echó en los brazos de su hermosa señora. La cual, con grandísimo deseo habiéndolo esperado, alegremente le recibió diciendo:

–Gracias sean dadas al señor fraile que tan bien te enseñó el modo de venir.

Y después, tomando placer el uno del otro, hablando y riéndose mucho de la simplicidad del bruto fraile, injuriando los copos de lana y los peines y las cardenchas, juntos se solazaron con deleite. Y poniendo en orden sus asuntos, de tal manera hicieron que, sin tener que recurrir de nuevo al señor fraile, muchas otras noches con igual contento se reunieron; al que pido a Dios por su santa misericordia que me lleve pronto a mí y a todas las almas cristianas que lo deseen.

Un camino de santidad

Don Felice enseña al hermano Puccio cómo ganar la bienaventuranza haciendo una penitencia que él conoce; Puccio la cumple con obediencia, y don Felice, mientras tanto, con la mujer del hermano se divierte.

Luego de que Filomena, terminada su historia, se calló, habiendo Dioneo con dulces palabras mucho alabado el ingenio de la señora y también la plegaria hecha por Filomena al terminar, la reina miró hacia Pánfilo sonriéndose y dijo:
–Pues ahora, Pánfilo, alarga con alguna cosilla placentera nuestro entretenimiento.
Pánfilo prontamente repuso que de buen grado, y comenzó:
–Señora, bastantes personas hay que, mientras se esfuerzan en ir al paraíso, sin darse cuenta a quien mandan allí es a otro; lo que a una vecina nuestra, no hace todavía mucho tiempo, tal como podréis oír, le sucedió.
Según he oído decir, vecino de San Brancazio vivía un hombre bueno y rico que era llamado Puccio de Rinieri, que luego, habiéndose entregado por completo a las cosas espirituales, se hizo beato de esos de San Francisco y tomó el nombre de hermano Puccio; y siguiendo su vida espiritual, como otra familia no tenía sino su mujer y una criada, y no necesitaba ocuparse en ningún oficio, iba mucho a la iglesia. Y porque era hombre simple y de ruda índole, decía sus padrenuestros, iba a los sermones, iba a las misas y nunca faltaba a las laúdes que cantaban los seglares; y ayunaba y se disciplinaba, y se había corrido la voz de que era de los flagelantes.
La mujer, a quien llamaban señora Isabetta, joven de sólo veintiocho o treinta años, fresca y hermosa y redondita que parecía una manzana casolana, por la santidad del marido y tal vez por la vejez estaba con mucha frecuencia a dietas mucho más largas de lo que hubiera querido; y cuando hubiera querido dormirse, o tal vez juguetear con él, él le contaba la vida de Cristo o los sermones de fray Anastasio o el llanto de la Magdalena u otras cosas semejantes.
Volvió en estos tiempos de París un monje llamado don Felice, del convento de San Brancazio, el cual bastante joven y hermoso en su persona era, y de agudo ingenio y de profunda ciencia, con el cual fray Puccio se ligó con estrecha amistad. Y porque él todas sus dudas se las resolvía, y además, habiendo conocido su condición, se le mostraba santísimo, empezó el hermano Puccio a llevárselo algunas veces a casa y a darle de almorzar y cenar, según venía al caso; y la mujer también, por amor de fray Puccio, se había hecho a su compañía y de buen grado le hacía los honores. Continuando, pues, el monje las visitas a casa de fray Puccio y viendo a la mujer tan fresca y redondita, se dio cuenta de cuál era la cosa de que más carecía; y pensó si no podría, por quitarle trabajos a fray Puccio, suplírsela él. Y echándole miradas una y otra vez, bien astutamente, tanto hizo que encendió en su mente aquel mismo deseo que él tenía; de lo que habiéndose apercibido el monje, lo antes que pudo habló con ella de sus deseos. Pero aunque bien la encontrase dispuesta a rematar el asunto, no se podía encontrar el modo, porque ella de ningún lugar del mundo se fiaba para estar con el monje sino de su casa; y en su casa no se podía porque el hermano Puccio no salía nunca de la ciudad. Por lo que el

monje tenía gran pesar; y luego de mucho se le ocurrió un modo de poder estar con la mujer en su casa sin sospechas, aunque el hermano Puccio allí estuviera. Y habiendo un día ido a estar con él el hermano Puccio, le dijo así:

–Ya me he dado cuenta muchas veces, hermano Puccio, de que tu mayor deseo es llegar a ser santo, a lo que me parece que vas por un camino demasiado largo cuando hay uno que es muy corto, que el papa y sus otros prelados mayores, que lo saben y lo ponen en práctica, no quieren que se divulgue porque el orden clerical, que la mayoría vive de limosna, incontinenti sería deshecho, como que los seglares dejarían de atenderle con limosnas y otras cosas. Pero como eres amigo mío y me has honrado mucho, si yo creyera que no vas a decírselo a nadie en el mundo, y quisieras seguirlo, te lo enseñaría.

El hermano Puccio, deseando aquella cosa, primero empezó a rogarle con grandísimas instancias que se la enseñase y luego a jurarle que jamás, sino cuando él quisiera, a nadie lo diría, afirmando que si tal cosa era que pudiera seguirla, se pondría a ello.

–Puesto que así me lo prometes –dijo el monje– te la explicaré. Debes saber que los santos Doctores sostienen que quien quiere llegar a bienaventurado debe hacer la penitencia que vas a oír; pero entiéndelo bien: no digo que después de la penitencia no seas tan pecador corno eres, pero sucederá que los pecados que has hecho hasta la hora de la penitencia estarán purgados y mediante ella perdonados y los que hagas después no se escribirán para tu condenación sino que se irán con el agua bendita como ahora hacen los veniales. Debe, pues, el hombre con gran diligencia confesarse de sus pecados cuando va a comenzar la penitencia, y luego de ello debe comenzar un ayuno y una abstinencia grandísima, que conviene que dure cuarenta días, en los que no ya de otra mujer sino de tocar la suya propia debe abstenerse. Y además de esto, tienes que tener en tu propia casa algún sitio donde por la noche puedas ver el cielo, y hacia la hora de completas irte a este lugar; y tener allí una tabla muy ancha colocada de guisa que, estando en pie, puedas apoyar los riñones en ella y, con los pies en tierra, extender los brazos a guisa de crucifijo; y si los quieres apoyar en alguna clavija puedes hacerlo; y de esta manera mirando el cielo, estar sin moverte un punto hasta maitines. Y si fueses letrado te convendría en este tiempo decir ciertas oraciones que voy a darte; pero como no lo eres debes rezar trescientos padrenuestros con trescientas avemarías y alabanzas a la Trinidad, y mirando al cielo tener siempre en la memoria que Dios ha sido el creador del cielo y de la tierra, y la pasión de Cristo estando de la misma manera en que estuvo él en la cruz. Luego, al tocar maitines, puedes si quieres irte, y así vestido echarte en la cama y dormir; y a la mañana siguiente debes ir a la iglesia y oír allí por lo menos tres misas y decir cincuenta padrenuestros con otras tantas avemarías y, después de esto, con sencillez hacer algunos de tus negocios si tienes alguno que hacer, y luego almorzar e ir después de vísperas a la iglesia y decir ciertas oraciones que te daré escritas, sin las que no se puede pasar, y luego a completas volver a lo antes dicho. Y haciendo esto, como yo he hecho, espero que al terminar la penitencia sentirás la maravillosa sensación de la beatitud eterna, si la has hecho con devoción.

El hermano Puccio dijo entonces:

–Esto no es cosa demasiado pesada ni demasiado larga, y debe poderse hacer bastante bien; y por ello quiero empezar el domingo en nombre de Dios.

Y separándose de él y yéndose a casa, ordenadamente, con su licencia para hacerlo, a su mujer contó todo. La mujer entendió demasiado bien, por aquello de estarse quieto hasta la mañana sin moverse, lo que quería decir el monje, por lo que, pareciéndole buen invento, le dijo que de esto y de cualquiera otro bien que hiciese a su alma, estaba ella contenta; y que, para que Dios hiciera su penitencia provechosa, quería con él ayunar, pero hacer lo demás no.



Habiendo quedado, pues, de acuerdo, llegado el domingo, el hermano Puccio empezó su penitencia, y el señor fraile, habiéndose puesto de acuerdo con la mujer, a una hora en que ser visto no podía, la mayoría de las noches venía a cenar con ella, trayendo siempre con él buenos manjares y bebidas; luego, se acostaba con ella hasta la hora de maitines, a la cual, levantándose, se iba, y el hermano Puccio volvía a la cama. Estaba el lugar que el hermano Puccio había elegido para cumplir su penitencia junto a la alcoba donde se acostaba la mujer, y nada más estaba separado de ella por una pared delgadísima; por lo que, retozando el señor monje demasiado desbocadamente con la mujer y ella con él, le pareció al hermano Puccio sentir un temblor del suelo de la casa; por lo que, habiendo ya dicho cien de sus padrenuestros, haciendo una pausa, llamó a la mujer sin moverse, y le preguntó qué hacía. La mujer, que era ingeniosa, tal vez cabalgando entonces en la bestia de San Benito o la de San Juan Gualberto, respondió:
–¡A fe, marido, que me meneo todo lo que puedo!
Dijo entonces el hermano Puccio:
–¿Cómo que te meneas? ¿Qué quiere decir eso de menearte?
La mujer, riéndose, porque aguda y valerosa era, y porque tal vez tenía motivo de reírse, respondió:
–¿Cómo no sabéis lo que quiero decir? Pues yo lo he oído decir mil veces: «Quien por la noche no cena, toda la noche se menea».
Se creyó el hermano Puccio que el ayuno, que con él fingía hacer, fuese la razón de no poder dormir, y que por ello se meneaba en la cama; por lo que, de buena fe, dijo:
–Mujer, ya te lo he dicho: «No ayunes»; pero puesto que lo has querido hacer no pienses en ello; piensa en descansar; que das tales vueltas en la cama que haces moverse todo.
Dijo entonces la mujer:
–No os preocupéis, no; bien sé lo que me hago; haced bien lo vuestro que yo haré bien lo mío si puedo.
Se calló entonces, pues, el hermano Puccio y volvió a sus padrenuestros, y la mujer y el señor monje desde aquella noche en adelante, haciendo colocar una cama en otra parte de la casa, allí mientras duraba el tiempo de la penitencia del hermano Puccio con grandísima fiesta se estaban; y a un tiempo se iba el monje y la mujer volvía a su cama, y a los pocos instantes de su penitencia venía a ella el hermano Puccio. Continuando, pues, en tal manera el hermano la penitencia y la mujer con el monje su deleite, muchas veces bromeando le dijo:
–Tú haces hacer una penitencia al hermano Puccio que nos ha ganado a nosotros el paraíso.
Y pareciéndole a la mujer que le iba bien, tanto se aficionó a las comidas del monje, que habiendo sido por el marido largamente tenida a dieta, aunque se terminase la penitencia del hermano Puccio, encontró el modo de alimentarse con él en otra parte, y con discreción mucho tiempo en él tomó su placer. Por lo que, para que las últimas palabras no sean discordantes de las primeras, sucedió que, con lo que el hermano Puccio creyó que ganaba el paraíso haciendo penitencia, mandó allí al monje (que antes le había enseñado el camino de ir) y a la mujer que vivía con él en gran penuria de lo que el señor monje, como misericordioso, le dio abundantemente.

NOVELA QUINTA

El Acicalado

El Acicalado regala a micer Francesco Vergellesi un palafrén suyo, y por ello habla a su mujer con su permiso; y como ella calla, él se contesta como si fuera ella, y a su respuesta le sigue el efecto consiguiente.

Había Pánfilo terminado la historia del hermano Puccio, n o sin risas de las señoras, cuando señorialmente la reina mandó a Elisa que continuase; la cual, un sí es no es desdeñosa no por malicia sino por hábito antiguo, así empezó a hablar:

–Muchos que mucho saben, se creen que otros no saben nada, y ellos, muchas veces, mientras creen engañar a otros, después conocen que han sido los engañados; por la cual cosa reputo gran locura la de quien se pone sin necesidad de probar las fuerzas del ingenio ajeno. Pero porque tal vez todos no serían de mi opinión, lo que sucedió a un caballero pistoyés, siguiendo el orden de los razonamientos, me place contaros:

Hubo en Pistoya en la familia de los Vergellesi un caballero llamado micer Francesco, hombre muy rico y sabio y precavido además, pero avarísimo sin mesura; el cual, debiendo ir a Milán como podestá, de todas las cosas oportunas para ir honradamente se había provisto, salvo de un palafrén que fuese adecuadamente bueno para su rango; y no encontrando ninguno que le agradase, estaba preocupado por ello. Había entonces un joven en Pistoya cuyo nombre era Ricciardo, de bajo nacimiento pero muy rico, que tan adornado y pulido iba en su persona, que era generalmente llamado el Acicalado; y durante mucho tiempo había amado y cortejado en vano a la mujer de micer Francesco, la cual era hermosísima y muy honesta.

Pues éste tenía uno de los más bellos palafrenes de Toscana, y lo tenía en mucho aprecio por su belleza; y siendo público a todo el mundo que cortejaba a la mujer de micer Francesco, hubo quien le dijo que si él se lo pidiese lo obtendría por el amor que el tal Acicalado tenía a su mujer. Micer Francesco, llevado por la avaricia, haciendo llamar al Acicalado le pidió que vendiese su palafrén, para que el Acicalado se lo ofreciese como presente. El Acicalado, al oír aquello, se puso contento, y respondió al caballero:

–Micer, si me dieseis todo lo que tenéis en el mundo no podríais comprarme mi palafrén; pero como don podríais tenerlo cuando gustaseis con esta condición: que yo, antes de que lo toméis, pueda, con vuestra venia y en vuestra presencia, decir algunas palabras a vuestra mujer tan apartado de toda persona que no sea oído más que por ella.

El caballero, llevado por la avaricia y esperando poder burlarle, repuso que le placía, y que cuanto él quisiese; y dejándolo en la sala de su palacio, se fue a la cámara de la señora, y cuando le hubo dicho qué fácilmente podía ganar el palafrén, le ordenó que viniera a oír al Acicalado, pero que se guardase de contestarle poco ni mucho a nada que él le dijera. La señora reprobó mucho aquello, pero como le convenía dar gusto al marido, dijo que lo haría, y detrás del marido se fue a la sala a oír lo que el Acicalado quisiera decirle. El cual habiendo confirmado su pacto con el caballero, en una parte de la sala bastante alejada de cualquier persona se sentó junto a la señora y comenzó a hablar así:

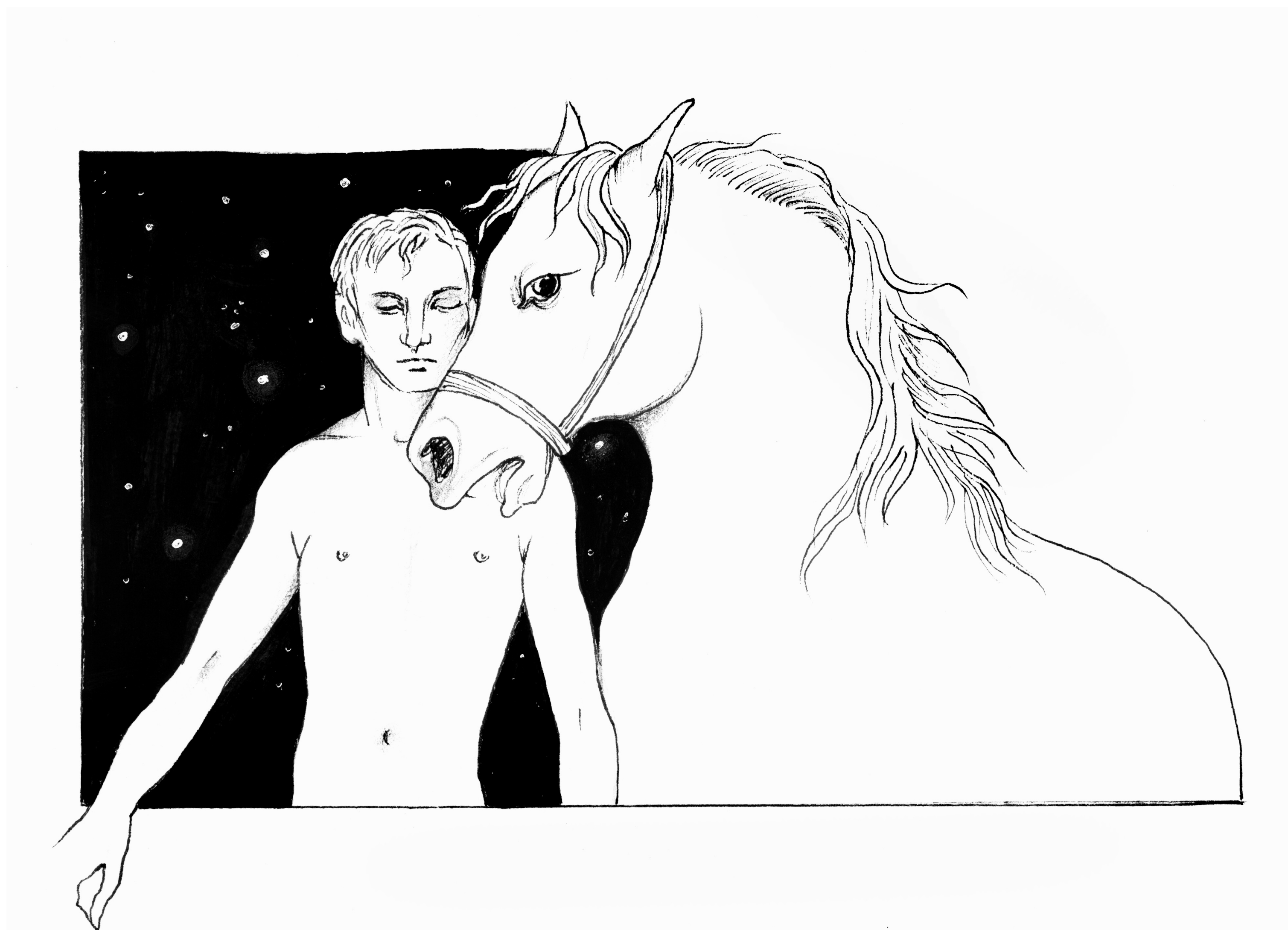
–Honrada señora, me parece ser cierto que sois tan sabia, que muy bien, hace mucho tiempo, habréis podido comprender a cuán grande amor me ha llevado a teneros vuestra hermosura, que sin falta

sobrepasa cualquiera otra que me haya parecido ver. Dejo a un lado las costumbres loables y las singulares virtudes que en vos hay, las cuales tendrían fuerza para apresar cualquier alto ánimo de cualquier hombre; y por ello no es necesario que os muestre con palabras que aquél ha sido el mayor y más ferviente que jamás hombre alguno sintió hacia alguna mujer, y así será sin falta mientras mi mísera vida sostenga estos miembros, y más aún, que, si allí como aquí se ama, perpetuamente os amaré. Y por ello podéis estar segura que nada tenéis, sea precioso o de poco valor, que más vuestro podáis tener y en todo momento disponer de ello como de mí, por lo que yo valga, y semejantemente de mis cosas. Y para que tengáis certísima prueba de esto, os digo que reputaré como la mayor gracia que cualquiera cosa que yo pudiera hacer y que os pluguiese me mandaseis, que nada habrá que, mandándolo yo, todos prestísimamente no me obedecieran. Por lo cual, si soy tan vuestro como oís que lo soy, no osaré inmerecidamente elevar mis ruegos a vuestra alteza, de la cual tan sólo toda mi paz, todo mi bien y mi salud puede venirme, y no de otra parte: y así como humildísimo servidor os ruego, caro bien mío y única esperanza de mi alma, que esperando que el amoroso fuego en vos se alimente, que vuestra benignidad sea tanta, y así ablande vuestra pasada dureza mostrada hacia mí (que vuestro soy) que yo, reconfortado con vuestra piedad, pueda decir que como de vuestra hermosura me he enamorado, por ella he de tener la vida; la cual, si a mis ruegos el altanero ánimo vuestro no se inclina, sin falta desfallecerá, y me moriré, y podréis ser llamada homicida mía. Y dejemos que mi muerte no os hiciese honor, no dejo de creer que, remordiéndoos alguna vez la conciencia, no os dolería haberlo hecho, y tal vez, mejor dispuesta, con vos misma diríais: «¡Ah!, ¡qué mal hice al no tener misericordia de mi Acicalado!». Y no sirviendo de nada este arrepentiros os sería ocasión de mayor sufrimiento; por lo que, para que no suceda, ahora que socorrerme podéis, tenedme lástima, y antes de que muera moveos a tener misericordia de mí, porque en vos sola está el hacerme el más feliz y el más doliente hombre que vive. Espero que sea tanta vuestra cortesía que no sufráis que por tanto y tal amor reciba la muerte por galardón, sino con alegre respuesta y llena de gracia reconfortéis mis espíritus que todos espantados tiemblan ante vuestra presencia.

Y callándose aquí, algunas lágrimas, después de profundísimos suspiros, vertidas, se puso a esperar lo que la noble señora le respondiera. La señora, a la cual el largo cortejar, el justar, las serenatas y las demás cosas semejantes a éstas hechas por amor suyo por el Acicalado no habían podido conmover, conmovieron las afectuosas palabras dichas por el ferventísimo amante, y comenzó a sentir lo que antes nunca había sentido, esto es, qué era amor. Y aunque, por obedecer la orden dada por el marido, callase, no pudo por ello dejar de esconder con algún suspirillo lo que de buena gana, respondiendo al Acicalado, hubiera puesto de manifiesto.

El Acicalado, habiendo esperado un tanto y viendo

que ninguna respuesta le seguía, se maravilló, y enseguida empezó a darse cuenta del arte usada por el caballero; pero sin embargo, mirándola a la cara y viendo algún fulgurar de sus ojos hacia él algunas veces vueltos, y además de ello sintiendo los suspiros que con toda la fuerza de su pecho dejaba salir, cobró alguna esperanza y, ayudado por ella, tuvo una rara idea; y comenzó como si fuera la señora, oyéndolo ella, a responderse a sí mismo de tal guisa:
–Acicalado mío, sin duda ha gran tiempo que me he apercibido de que tu amor hacia mí es grandísimo y perfecto, y ahora por tus palabras mayormente lo conozco, y estoy contenta, como debo. Empero, si dura y cruel te he parecido, no quiero que creas que en mi ánimo he sido como he mostrado en el gesto; pues siempre te he amado y querido más que a cualquier hombre, pero me ha convenido hacerlo así por miedo de los demás y por preservar mi fama de honestidad. Pero ahora viene el tiempo en que podré claramente mostrarte si te amo y concederte el galardón del amor que me has tenido y me tienes; y por ello consuélate y ten esperanza porque micer Francesco está por irse dentro de pocos días a Milán como podestá, como sabes tú, que por amor mío le has donado tu hermoso palafrén; y cuando se haya ido, sin falta te doy palabra, por el buen amor que te tengo, que no pasarán muchos días sin que te reúnas conmigo y a nuestro amor demos placentero y entero cumplimiento. Y para que no te tenga otra vez que hablar de esta materia, desde ahora te digo que el día en que veas dos paños de manos tendidos en la ventana de mi alcoba, que da sobre nuestro jardín, aquella noche, cuidando bien de no ser visto, ven a mí por la puerta del jardín: me encontrarás allí esperándote y juntos tendremos toda la noche fiesta y placer el uno con el otro tanto como deseemos.
Apenas había el Acicalado hablado así como si fuera él la señora, cuando empezó a hablar por sí mismo, y respondió así:
–Carísima señora, está por la superabundante alegría de vuestra favorable respuesta tan colmada toda mi virtud que apenas puedo formular la respuesta para rendiros las debidas gracias, pero si pudiese hablar como deseo, ningún término es tan largo que me bastase a poder agradeceros plenamente como querría y como me convendría hacer; y por ello a vuestra discreta consideración atañe conocer lo que yo, aunque lo desee, no puedo explicar con palabras. Sólo os digo que lo que me habéis ordenado pensaré en hacer sin falta, y tal vez entonces, más tranquilizado con tan gran don como me habéis concedido, me imaginaré cuanto pueda en daros las gracias mayores que pueda. Y pues aquí no queda, al presente, nada que decir, carísima señora mía, Dios os dé aquella alegría y bien que deseéis mayor, y a Dios os encomiendo.
A todo esto no dijo la señora una sola palabra; con lo que el Acicalado se puso en pie y empezó a andar hacia el caballero, el cual, viéndolo en pie, le salió al encuentro, y riendo le dijo:
–¿Qué te parece? ¿He cumplido bien mi promesa?
–Micer, no –repuso el Acicalado–, que me prome-



tisteis dejarme hablar con vuestra mujer y me habéis dejado hablar con una estatua de mármol.
Estas palabras agradaron mucho al caballero, el cual, aunque ya tenía buena opinión de su mujer, todavía la tuvo mejor por ellas; y dijo:
–Ahora es bien mío el palafrén que fue tuyo.
A lo que el Acicalado respondió:
–Micer, sí, pero si yo hubiera creído sacar de esta gracia recibida de vos tal fruto como he sacado, sin pedírosla os lo habría dado; y quisiera Dios que lo hubiera hecho, porque vos habéis comprado el palafrén y yo no lo he vendido.
El caballero se rió de esto, y ya provisto de palafrén, de allí a pocos días se puso en camino y hacia Milán se fue como podestá. La mujer, quedándose libre en su casa, dándole vueltas a las palabras del Acicalado y al amor que le tenía y al palafrén que por su amor había regalado, y viéndolo desde su casa pasar con mucha frecuencia, se dijo:
«¿Qué es lo que hago?, ¿por qué pierdo mi juventud? Éste se ha ido a Milán y no volverá hasta dentro de seis meses; ¿y cuándo me los devolverá?, ¿cuando sea vieja? Y además de esto, ¿cuándo volveré a encontrar un amante como el Acicalado? Estoy sola, de nadie tengo que temer; no sé por qué no cojo el goce mientras puedo; no siempre tendré la ocasión como la tengo ahora: esto no lo sabrá nunca nadie, y si tuviera que saberse, mejor es hacer algo y arrepentirse que no hacerlo y arrepentirse.» Y así aconsejándose a sí misma, un día puso dos paños de manos en la ventana del jardín, como le había dicho el Acicalado; los cuales siendo vistos por el Acicalado, contentísimo, al venir la noche, secretamente y solo se fue a la puerta del jardín de la señora y lo encontró abierto; y de aquí se fue a otra puerta que daba a la entrada de la casa, donde encontró a la noble señora que lo esperaba. La cual, viéndole venir, levantándose a su encuentro, con grandísima fiesta le recibió, y él, abrazándola y besándola cien mil veces, por la escalera arriba la siguió; y sin ninguna tardanza acostándose, los últimos términos del amor conocieron. Y no fue esta vez la última, aunque fuese la primera: porque mientras el caballero estuvo en Milán, y también después de su vuelta, volvió allí, con grandísimo placer de cada una de las partes, el Acicalado muchas otras veces.

NOVELA SEXTA

La celosa engañada

Ricciardo Minútolo ama a la mujer de Filippello Sighinolfo, a la que advirtiendo celosa y diciéndole que Filippello al día siguiente va a reunirse con su mujer en unos baños, la hace ir allí y, creyendo que ha estado con el marido se encuentra con que con Ricciardo ha estado.

Nada más quedaba por decir a Elisa cuando, alabada la sagacidad del Acicalado, la reina impuso a Fiameta que procediese con una, y ella, toda sonriente, respondió:
–Señora, de buen grado.
Y comenzó:
En algo conviene salir de nuestra ciudad, que tanto como es copiosa en otras cosas lo es en ejemplos de toda clase, y como Elisa ha hecho, algo de las cosas que por el mundo han sucedido contar, y por ello, pasando a Nápoles, cómo una de estas beatas que se muestran tan esquivas al amor fue por el ingenio de su amante llevada a sentir los frutos del amor antes de que hubiese conocido las flores; lo que a un tiempo os recomendará cautela en las cosas que puedan sobreveniros y os deleitará con las sucedidas. En Nápoles, ciudad antiquísima y tal vez tan deleitable, o más, que alguna otra en Italia, hubo un joven preclaro por la nobleza de su sangre y espléndido por sus muchas riquezas, cuyo nombre fue Ricciardo Minútolo, el cual, a pesar de que por mujer tenía a una hermosísima y graciosa joven, se enamoró de una que, según la opinión de todos, en mucho sobrepasaba en hermosura a todas las demás damas napolitanas, y era llamada Catella, mujer de un joven igualmente noble llamado Filippello Sighinolfo, al cual ella, honestísima, más que a nada amaba y tenía en aprecio. Amando, pues, Ricciardo Minútolo a esta Catella y poniendo en obra todas aquellas cosas por las cuales la gracia y el amor de una mujer deben poder conquistarse, y con todo ello no pudiendo llegar a nada de lo que deseaba, se desesperaba, y del amor no sabiendo o no pudiendo desenlazarse, ni sabía morir ni le aprovechaba vivir. Y en tal disposición estando, sucedió que por las mujeres que eran sus parientes fue un día bastante alentado para que se deshiciese de tal amor, por el que en vano se cansaba, como fuera que Catella no tenía otro bien que Filippello, del que era tan celosa que los pájaros que por el aire volaban temía que se lo quitasen. Ricciardo, oídos los celos de Catella, súbitamente imaginó una manera de satisfacer sus deseos y comenzó a mostrarse desesperado del amor de Catella y a haberlo puesto en otra noble señora, y por amor suyo comenzó a mostrarse justando y contendiendo y a hacer todas aquellas cosas que por Catella solía hacer. Y no lo había hecho mucho tiempo cuando en el ánimo de todos los napolitanos, y también de Catella, estaba que ya no a Catella sino a esta segunda señora amaba sumamente, y tanto en esto perseveró que tan por cierto por todos era tenido ello que hasta Catella abandonó la esquivez que con él usaba por el amor que tenerla solía, y familiarmente, como vecino, al ir y al venir le saludaba como hacía a los otros. Ahora, sucedió que, estando caluroso el tiempo, muchas compañías de damas y caballeros, según la costumbre de los napolitanos, fueron a recrearse a la orilla del mar y a almorzar allí y a cenar allí; sabiendo Ricciardo que Catella con su compañía había ido, también él con sus amigos fue, y en la compañía de las damas de Catella fue recibido, haciéndose primero rogar mucho, como si no estuviese muy deseoso de quedarse allí. Entonces allí las señoras, y Catella con ellas, empezaron a gastarle bromas sobre su nuevo amor, en el que mostrándose muy inflamado, más les daba materia para hablar. Al cabo, habiéndose ido una de las señoras acá y la otra allá, como se hace en aquellos